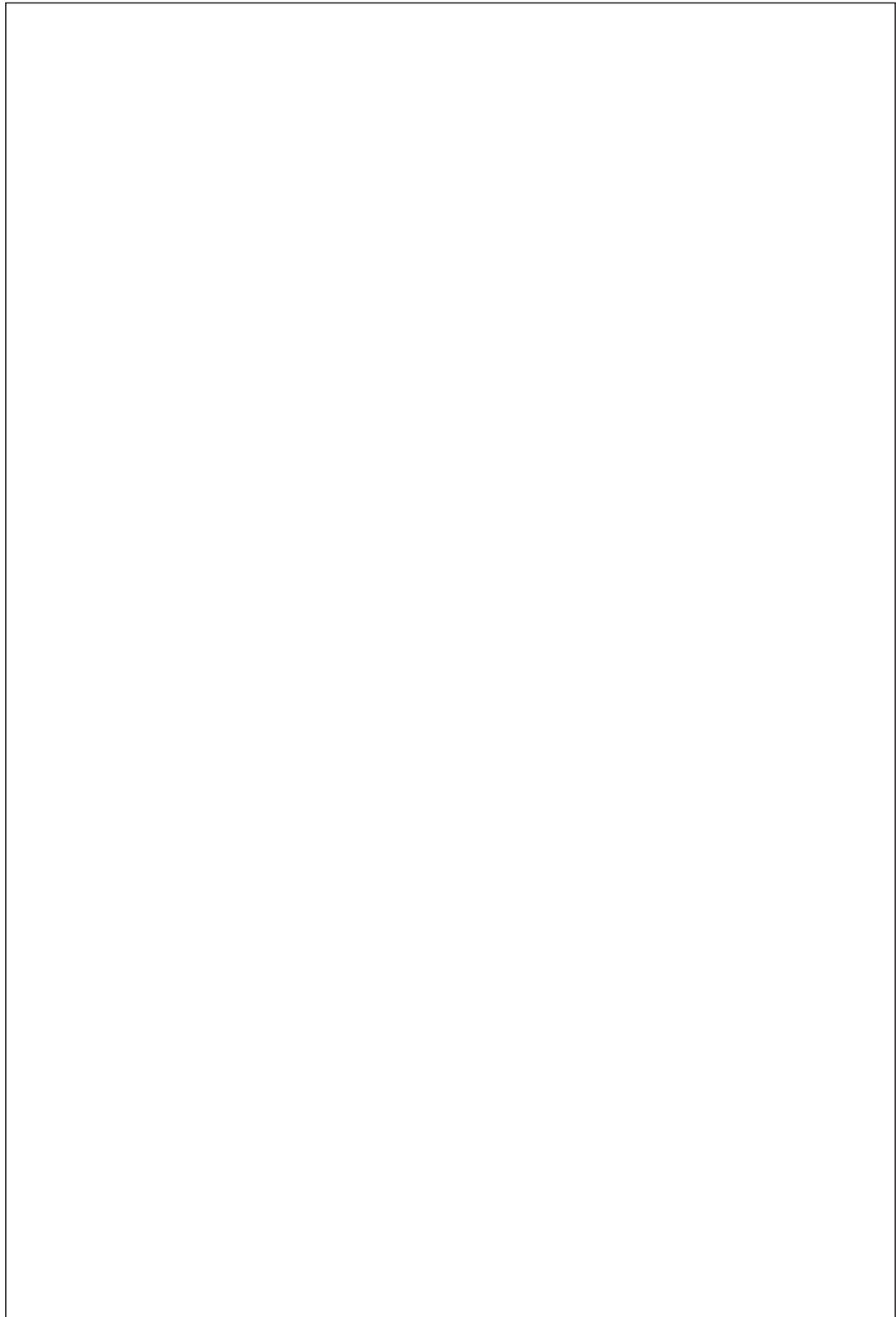




EUCARISTIA
MADRE CARIDAD



P R E S E N T A C I O N

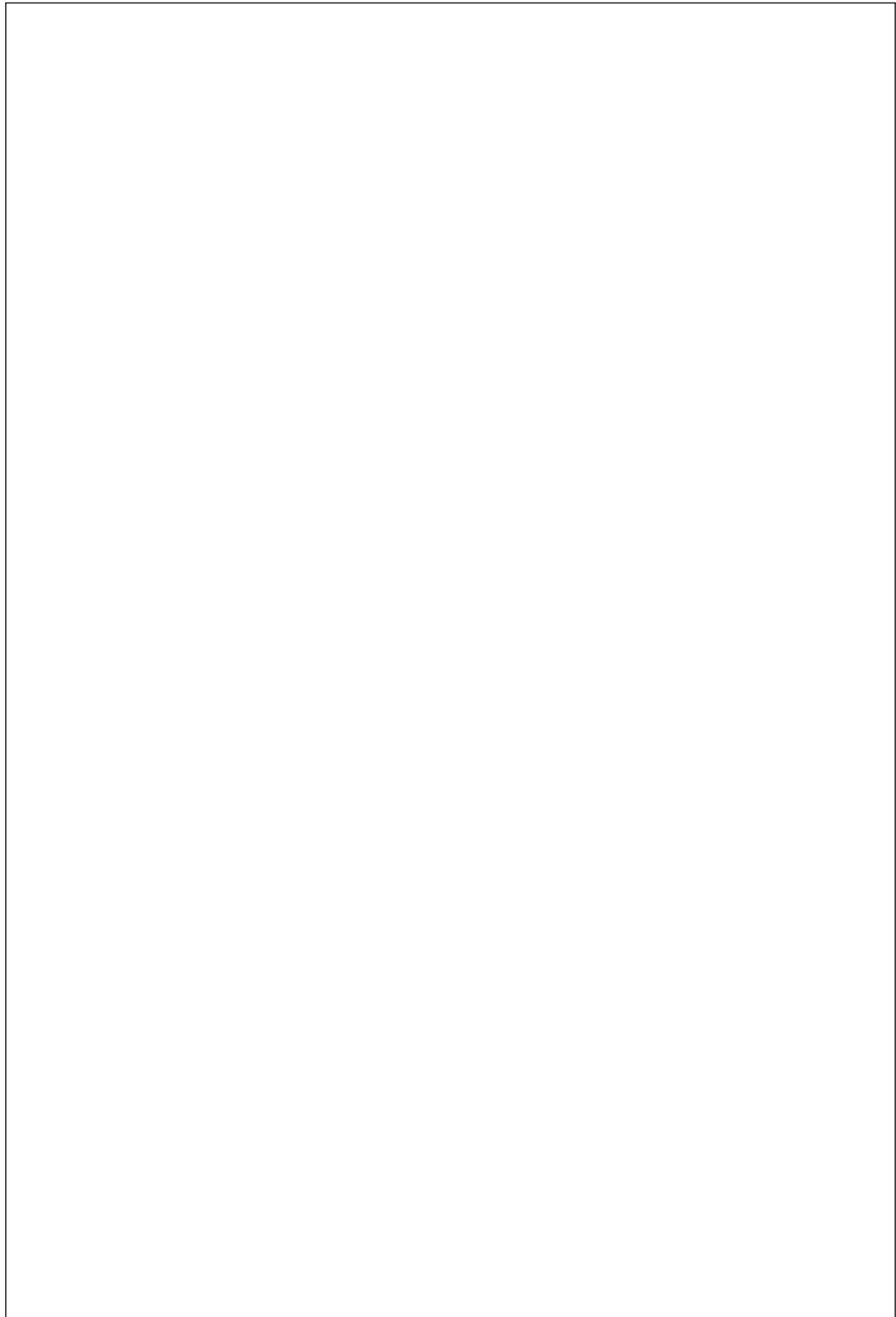
ESPIGANDO RECUERDOS. Título de una serie de folletos que se proyecta publicar, recogiendo aquí y allá, todo aquello que contribuya a un mayor conocimiento de la vida y espiritualidad de la Madre Caridad y de la Historia de la Congregación. No se trata de presentar temas en orden cronológico, sino como su nombre lo indica, recoger lo que se encuentra diseminado, y poco a poco darlo a conocer a las hermanas.

La obra de la Historia de la Congregación, elaborada con todas las características de un trabajo de tal naturaleza, está siendo objeto de preparación para una futura publicación. Como ésto no podrá darse sino a largo plazo, “Espigando Recuerdos”, responderá, por lo pronto, al deseo manifestado por las hermanas de tener mayor conocimiento de la vida de la Madre Caridad y de la Historia de la Congregación.

Dejamos en sus manos este primer folleto, con el deseo de que cumpla la finalidad que nos proponemos.

“TODO POR AMOR A DIOS Y COMO EL LO QUIERE”

Hermanas del Gobierno General



NUESTRA MADRE FUNDADORA Y LA EUCARISTIA

Preámbulo

Ha sido deseo de nuestra Madre General Sor María Remberta Bischof, que sostenga con Ustedes, una charla, desarrollando el tema: "Nuestra Madre Fundadora y la Eucaristía.

Sintiéndome altamente honrada, acepté sin alegar méritos ni deméritos, confiando en la luz de ese Sol inextinguible que es la Eucaristía, y en la ayuda de esa mujer extraordinaria que es nuestra Fundadora.

La Eucaristía y nuestra Fundadora, es un motivo sujестivo y apasionante para cualquiera Franciscana por erudita o por ignorante; por santa o por mediocre; por joven o por vieja que sea.

En esta charla, no me referiré al libro: "La Madre Caridad", porque me consta que todas, por la razón o por fuerza; por devoción o por curiosidad; alabándolo o renegándolo, lo han leído, y me parece prudente que no machaquemos repeticiones.

Sin embargo, podemos apuntar, que en el libro está todo lo concerniente a la Adoración Perpetua y su relación con Mutter Charitas, en distintas páginas.

Allí encontramos:

- a. La Adoración Perpetua que se estableció en Altstten, cinco años después de haber tomado allí el hábito religioso nuestra Fundadora.
- b. La Adoración Perpetua privada, desde la cuna de nuestra Congregación.
- c. Las esperanzas que a través de su vida religiosa, tuvo la Madre Caridad, de conseguir el privilegio de la Adoración Perpetua pública y solemne.

- d. Las peticiones que hizo a la Santa Sede - La consecución del privilegio - La inauguración de la Adoración Perpetua, el 22 de agosto de 1928 y su agradecimiento al Santo Padre.
- e. La nueva Capilla de la Virgen del Pilar, para la Adoración Perpetua, y la continuidad de este portento.
- f. El amor eucarístico de la Madre Caridad, como verdadero carisma - Veneración por los Sacerdotes.
- g. En las Facetas de su Espiritualidad, pág. 217, podemos estudiar el credo, la doctrina y la enseñanza de nuestra Fundadora sobre la Eucaristía.

Si se lee el libro con atención, se verá como toda su vida está impregnada del amor al Santísimo Sacramento, de igual manera que una esponja sumergida en el mar, se empapa totalmente de agua salobre.

Después de este preámbulo más o menos desagradable, empezaremos la charla.

Están en pleno derecho de interrumpirme cuando quieran, y también de suspenderme el hilo si a bien lo tienen. Me han garantizado que estaremos en el plan de una charla familiar, sin que nos cohíba ninguna fuerza extraña.

Puntos que voy a tratar, aunque sea someramente:

1. Motivo íntimo de su devoción eucarística.
2. Rasgos elocuentes de su amor al Santísimo.
3. Los pequeños sacrificios piedras de toque de su devoción.
4. Algunas características propias de su devoción al Sacramento del altar.
5. La sagrada eucaristía, fuente de energía.
6. El amor eucarístico de la M. Caridad fue un carisma.
7. Veneración por los sacerdotes.
8. Recuerdo de despedida.

1. Motivo íntimo de su devoción Eucarística.

Nuestra Madre Fundadora se llama: Sor María Caridad del Amor del Espíritu Santo. Este nombre que le impusieron en Altstätten, el día de su Toma de Hábito, hace un siglo, el 10. de marzo de 1881, es la síntesis de su vida; es el vértice de su camino espiritual; la expresión de su carisma y el nervio de su vocación de Fundadora.

La EUCARISTIA es el Sacramento de la presencia viva, real, verdadera y total de Jesucristo en la hostia y el vino consagrados, en virtud del Amor del Espíritu Santo.

El Amor del Espíritu Santo es pues, el lazo que une a nuestra Fundadora con la Eucaristía; el imán que une al átomo con el todo; la fuerza que atrae a la gota hasta perderse en el mar; el fuego que unifica a la chispa con la hoguera.

La Eucaristía es el misterio de la transustanciación. En Cristo por la unión hipostática, hay dos naturalezas una divina y otra humana; pero una sola Persona y ésta es divina.

En la Santa Misa, al verificarse la consagración, el pan y el vino se cambian en el Cuerpo y la Sangre del Dios Hombre, de modo que en las especies sacramentales está el Cuerpo que nació de la Virgen Santísima, que vivió, sufrió, murió y resucitó glorioso aquí en la tierra y ascendió a los cielos. Y como el cuerpo vivo necesita de la sangre, en cada hostia están el Cuerpo y la Sangre de Cristo; lo mismo en el vino consagrado está el Cristo total, porque no hay sangre viva para ser derramada sino en un cuerpo vivo.

Por mucho que escudriñemos, no podremos jamás comprender como se realiza este prodigo; contentémonos con saber a ciencia cierta que se realiza por medio del Espíritu Santo, del mismo modo que por su obra y virtud, el Señor Eterno tomó carne de María Virgen y Madre. Además, así lo dijo categóricamente Cristo en la última Cena, y su palabra es divina, omnipotente, verdadera y eficaz.

Este gran Misterio fue el centro de gravedad que atrajo a la Madre Caridad a lo largo de sus 83 años de vida; con la Eucaristía luchó para transformarse en Cristo; por la Eucaristía se convirtió en un grano fecundo de sus espigas sacramentales, y en una uva de sus racimos exprimidos en el lagar del sufrimiento. Por la Eucaristía aquella mujer de carácter vivo, irascible, ardiente, pronta a la corrección, se transformó en la santa monja que conocimos profundamente humilde, realmente bondadosa, lealmente sincera, incansable en esperar y que supo en todo momento perdonar.

La devoción entrañable, vital, amantísima de la Madre Caridad al Santísimo Sacramento, no fue únicamente gracia y obra de sus años de Fundadora, sino que estaba enraizada en su alma, y era la savia que alimentaba su vida espiritual.

La Madre Caridad recataba prudentemente en el silencio y en un cerco de modestia los tesoros de su alma; y si las hijas que la conocimos no hubiéramos estudiado los rasgos peculiares de su carácter, y no hubiéramos guardado sus recuerdos aflorándolos con la reflexión intensa y el comentario filial; si no hubiéramos hecho apuntes de sus lecturas e instrucciones, y conservado profundas impresiones de sus actitudes, consejos y correcciones, su vida hubiera quedado cerrada y perfecta como un círculo e impenetrable como una hostia. Pero, hasta donde nos ha sido posible seguirla retrospectivamente, la hemos hallado siempre profundamente eucarística.

2. Rasgos elocuentes de su amor Eucarístico.

Con suma frecuencia repetía la Madre Caridad: “Mientras más conocemos a Jesús Hostia, más crece nuestra confianza en El”... Y esto era lo que ella vivía. La Eucaristía fue su refugio, su alcázar, su remedio, su salvación en todas las tribulaciones y pruebas que la acrisolaron, como el fuego ardiente a una espada toledana para hacerla invencible.

Su fe purísima y sencilla en Jesús Sacramentado, la impelía irresistiblemente a fijarse por la dignidad de los sagrarios, la pulcritud en los corporales y manteles para el Sacrificio; en la preciosidad de los vasos sagrados y en a perfecta limpieza y orden en las capillas e iglesias.

Cuando la Madre Caridad empezó su misión de Fundadora tenía 33 años, y desde entonces hasta su muerte, en todas las visitas a las filiales, su primera atención fue siempre para la capilla, inspeccionando cuidadosamente el aseo, el buen estado de los ornamentos y el ornato digno. Quería que en la morada del Santísimo Sacramento todo resplandeciera por el buen gusto y un cuidado esmerado. Solía repetir: "No me duele nada de lo que se gaste por la capilla. Dios ante todo."

En la casa madre, donde generalmente vivió, tanto en Túquerres como aquí en Pasto, personalmente inspeccionaba todo lo referente al servicio divino.

Recuerdo también perfectamente, lo mucho que se preocupaba para que las alumnas del colegio y de la escuela sin distingos, fuéramos a la capilla con esmerado arreglo; alegando que si ante los grandes de la tierra nos presentamos del mejor modo posible, nada nos exime de este deber con el Dios del cielo.

La Madre Caridad con sus religiosas, ayudó con mucha frecuencia a componer, lavar y arreglar gratuitamente los ornamentos y la ropa de la Iglesia en parroquias pobres. Esto nos la muestra genuinamente Franciscana, pues el decoro de la morada de Jesús Hostia es una nota característica del franciscanismo; el mismo San Francisco prueba su conversión tomando a pecho este deber.

En su primer viaje que hizo a Suiza en 1894, en busca de vocaciones, Dios le deparó a 12 jovencitas que fueron columnas de su Congregación, pero además, una de sus primordiales preocupaciones, fue procurarse y traer, pasando mil trabajos, cuanto

faltaba aquí para el culto: lino, telas finas, candelabros, ángeles etc. . . porque “el celo por la casa de Dios la devoraba”.

Ya entonces el Jueves Santo, era el día en que extremaba sus fervientes adoraciones al Santísimo Sacramento, conmemorando su institución maravillosa.

Sucedío pues, que puso todo su empeño en el arreglo del monumento, para atraer a todos los fieles a la adoración de Jesús Hostia. Sus hijas le ayudaron con rendimiento y amor en la compostura de toda la capilla que quedó como una joya.

A eso de las nueve de la noche un incendio voraz que a duras penas pudo ser sofocado, redujo a cenizas el monumento. La pena que sintieron todos, propios y extraños fue indescriptible, Pero aquella mujer admirable y de una fe incombustible, aunque muy apenada, contestó resignadamente a las quejas y lamentos: “Dios lo ha permitido. Bendito sea Dios!... Esto es mejor que si hubiéramos cometido un pecado.”

El amor a la Eucaristía fue el crisol que purificó su alma y la santificó en el secreto de la intimidad. Si nosotras, sus hijas, amáramos a la Eucaristía, como ella, nuestra Fundadora la amó, no seríamos apóstoles blanduchos, tímidas para lo bueno y sensibleras para lo propio, sino fuertes en la prosperidad para no envanecernos; fuertes en la adversidad, para no amilanarnos; fuertes cuando rujan las pasiones, para dominarlas; fuertes cuando todos nos critiquen y nos persigan, para no desmayar, y fuertes cuando Dios nos prueba privándonos de sus consuelos para no desesperar. . . porque así fue la Madre Caridad.



3. Los pequeños sacrificios piedras de toque de su devoción Eucarística.

La Madre Caridad amaba el misterio de la humildad de Dios, y nos enseñaba a renovar ante El, nuestra entrega de ayer, de hoy y de mañana, y a mantener continua comunicación con el Señor del Sagrario.

Pero ella era una mujer que caminaba con los pies en el suelo, y cuyas pupilas no se encandilaban con el brillo de las ilusiones por santas que parecieran, por eso exigía que el amor eucarístico lo probáramos con cosas factibles a todas, y de aquí provenía su continua recomendación de la práctica de los pequeños sacrificios, hechos con constancia, que no dan ocasión para envanecerse y que sólo Dios conoce.

Quería arraigar en sus hijas la virtud de la puntualidad, que es como el compendio de otras virtudes, especialmente en lo tocante al servicio divino, mediante actos continuos que forman hábito y eso es homenaje a Jesús Eucaristía.

Puntuales al toque de la campana desde la primera llamada del día; puntuales en la oración, en el canto, en alistar las oraciones en común, en dejar todo en orden, en cumplir con las ceremonias de la liturgia, y eso siempre con alegría; y bien sabemos que hay ocasiones en que para ser puntuales se necesita un vencimiento heroico, pero ese era el pan diario de la Madre Caridad.

Cierta vez le tocó pasar en Samaniego una fiesta de Corpus Christi, y fue encargada de arreglar los floreros que serían el adorno del altar en donde debía descansar su Divina Majestad, en los pasos de la procesión de tan solemne día.

Absorta en el pensamiento de su Dios, desgajaba de la rosaleda, las ramas con las que componía luego artísticos floreros, y

como se necesitaban muchos, las espinas desgarraron sus manos de modo que chorreaban sangre.

Una de sus hijas, se le acercó y pasándole un delantal, le dijo: "Pero, Mutter Cháritas, coja por lo menos las ramas con este delantal, para que no se punce de semejante manera"...

Ella contestó con una suave sonrisa: -"Oh!... Quién será tan delicada si se trata de pagar amor por amor?... El ha sufrido espinas más agudas que éstas".

Este rasgo nos muestra su modo de ser, pues así fue siempre. En los distintos senderos de su vida trabajosa, nunca tuvo en cuenta las zarzas de los sufrimientos que despedazaron su corazón, si se trataba de arrancar rosas para su Amado. La Madre Caridad fue una de aquellas almas realmente heroicas en el sacrificio, aunque viviendo aparentemente la vida común y ordinaria.

Esa fue también su enseñanza, quería que sus hijas bebieran de la Eucaristía la fuerza para aguantar sin quejas, las pequeñas espinas de todo género, que se hallan a diario; el aguante para el martirio íntimo de los alfilerazos; quería que buscáramos la santificación por medio de los pequeños sacrificios sin cansarnos nunca.

Hablando de sí misma, dijo cierta vez: —"No me arrepiento de no haber hecho grandes penitencias y de no haber usado cílicos dolorosos y maceraciones como los grandes santos penitentes, pero sí me arrepiento y muchísimo por cada pequeño sacrificio que he dejado escapar."

Esta era la doctrina que procuraba infiltrar hasta en lo más recóndito del espíritu de sus hijas. Quería que llegáramos siempre a los pies de Jesús Eucaristía con la ofrenda de muchos pequeños vencimientos; de esos que pasan desapercibidos a los

ojos de los hombres pero que labran la santidad humilde y verdadera de las almas.

Así como para los ensayistas que prueban la calidad de los metales, cuando examinan un lingote se fían de la piedra de toque, así mismo, según el sentir de la Madre Caridad, la finura de nuestro amor se prueba por la ley de los pequeños sacrificios.

Todos somos viajeros en esta tierra y peregrinos de la eternidad, y en nuestro camino, nada es pequeño para el amor. Los detalles mínimos son los que perfeccionan las obras que han alcanzado fama inmortal.

4. Algunas características de su devoción al Santísimo Sacramento.

El amor eucarístico de la Madre Caridad, se asemeja al girar de una estrella en su órbita, cuyo brillo y calor aumenta progresivamente y sin pausa, hasta llegar al cenit en el apoteósico de su esplendor.

Su devoción, primero íntima y profunda, es luego un amor contagioso al Santísimo Sacramento, después arrastra a sus Hermanas, a sus alumnas, y a cuantas personas trata al homenaje rendido y a la adoración en espíritu y en verdad, y sigue aflorando avasallador hasta que muestra todas las características de un verdadero carisma que le fue concedido para bien de la Iglesia, como lo exige San Pablo.

Porque amaba confiadamente a Cristo, no desperdiciaba ocasión para visitarlo, y con él consultaba sus problemas. Varias veces aconteció que absorta en su oración no se daba cuenta de que otras habían entrado a la capilla, y sintiéndose sola con el Divino Maestro, de pronto afirmaba en alta voz: "Así es Señor, esto es lo que debo hacer. Gracias Dios mío"!... Y sin más salía para poner por obra lo que así había resuelto.

Desde los comienzos de la Congregación, y desde las primicias de los recuerdos, todas las Hermanas sabían que no solamente durante el día consagraba a visitar a Jesús Sacramentado los momentos que le dejaban libres sus arduos deberes, sino que también por las noches llegaba a cualquiera hora para velar junto a su Amado y abrirlle de par en par su corazón, mil veces mordido por el dolor.

La Madre Caridad había puesto en la Sagrada Eucaristía su ideal de santificación y de este Pan Divino esperaba sacar la fuerza de cohesión que uniera a sus hijas con vínculos de caridad, para formar una Congregación en donde sus miembros estuvieran unidos estrechamente entre sí, como los granos en la espiga.

Ella ya estaba penetrada de la verdad que tan claramente expresa el Concilio Vaticano II. “Ninguna comunidad cristiana se edifica si no tiene su raíz y quicio en la celebración de la Santísima Eucaristía, por la que en consecuencia debe comenzarse toda educación en el espíritu de comunidad”. (PO 6) Este criterio desarrollado ya en su tiempo, es cosa que honra a nuestra Fundadora.

Por eso, ya desde los difíciles comienzos en Túquerres, estableció la Adoración Perpetua privada con sus pocas religiosas, siendo ella misma la principal adoratriz, así de día como de noche. Nunca estaba solo el Santísimo; en turnos constantes siempre una Hermana se quedaba a sus pies en representación de todas.

El episodio que voy a recordar, con ligeros variantes ocurrió en diversas ocasiones, cosas similares contaban nuestras Hermanas Mayores. Este lo envió la Hna. Laurencia (q.d.D.g.)

En Túquerres todavía no se disfrutaba de la luz eléctrica; el alumbrado en las calles se hacía por medio de faroles. En

nuestro convento se tenía lámparas grandes de petróleo para los salones de trabajo; pequeñas lamparillas en los corredores, y la luz oscilante de las velas para los demás menesteres.

Le tocaba a la novicia la Hora de Adoración de 11 a 12 de la noche. Hora en que el silencio, la oscuridad, el continuo aullar de los perros, y el mayar de unos gatos salvajes que vivían en el desván infundían terror.

A esa hora la Novicia iba por los corredores, con una vela, cuya pobre luz hacia bailar una zarabanda a las sombras de los cuerpos, así es que llena de temor por fantasmas que se imaginaba, solamente quería llegar pronto a los pies del Señor, para recobrar la calma y entregarse a la oración; en nombre del mundo que dormía, como se lo habían enseñado.

Rezaba la novicia con gran fervor y para darse valor a sí misma lo hacía en alta voz,... pero de pronto se le ahogó todo sonido... Sintió que abrían la puerta y entraban sin traer luces... movieron suavemente el reclinatorio... se arrodillaron, quedando todo luego en el más completo silencio.

El pavor se apodera de la novicia, se tapa los oídos, se envuelve la cara en el velo, se agarra fuertemente del reclinatorio y sintiendo escalofrío del puro miedo, reza y pide que pase aquel espanto. De pronto siente que se le acercan. . . le toman fuertemente la cabeza y se la levantan. Ella entonces grita despavorida: espíritus!... espíritus!...

Esta fuera de sí, cuando oye una voz muy conocida, que le dice: "Novicia! Así no se reza, usted está durmiendo y tiene pesadillas, váyase a la cama, yo me quedo en su lugar".... El espíritu no era otro que nuestra Fundadora que venía a unir sus oraciones con las suyas, pero la pobre novicia no lo sabía.

La Madre Caridad le ayudó luego a salir de la capilla, le encendió la vela que debía iluminarla hasta su celda, la acompañó

un trecho, y luego se quedó adorando. Al otro día se acabaron las fantasías de los espíritus con una buena reprimenda y adiós miedos!...

El caso que ahora voy a referir, también referente a la devoción eucarística de la Madre Caridad, sucedió conmigo. Y quiero narrarlo porque se trata de un pequeño sacrificio heroico de nuestra Fundadora, que nos da a conocer su entereza de carácter, hecho a la mortificación, porque actos como éste no se improvisan, son capullos que afloran en un rosal alimentado de continuo con la savia del amor convertido en penitencia y expiación. Es como sigue:

Desde la fundación del Convento de Maridíaz, el 8 de diciembre de 1927, y como preparación a la Adoración Perpetua Pública, cuya consecución pontificia tenía halagadoras esperanzas, la Madre Caridad dispuso que se siguiera la adoración privada sin interrupción.

Me tocaba mi Hora Santa de 10 a 11 de la noche; y como a las adoratrices nocturnas en ese tiempo nos mandaban a dormir con las gallinas, sobre todo si el día había estado muy cargado de trabajo, antes de recogerme, fuí al Horario para saber a quien debía despertar. Con alegría y grande edificación leí: “De 11 a 12: Mutter Cháritas.”

Al tiempo señalado me dirigí a la celda de nuestra Fundadora, y entrando, la saludé con la acostumbrada consigna: “Alabado sea Jesucristo, Mutter”.

Ella se sentó en la cama sobresaltada y preguntó: “Wer ist das?”... (Quién es?)

Notando yo, que no había caído en la cuenta del por qué la despertaban, expliqué: “Mutter, le toca su turno de adoración y he venido a llamarla.”

Ella repuso: “¡Ah! sí.... sí... está bien. Todo como Dios lo quiere”.

Salí muy despreocupada; y al tornar a la Capilla me pareció sentirla engalanada con el perfume nupcial de los amores inextinguibles. A los pocos momentos entró trabajosamente nuestra anciana Madrecita, y cuando me regresé a dormir, ella se quedó adorando, y al terminar le tocaba ir a buscar la celda de quien tenía la hora de 12. a 1.

Al día siguiente después del desayuno me topé con la Madre enfermera (Sor Praxedes), en el descanso de una grada. ¡Oh qué ojos! No me clavó con sus miradas en la pared sólo por falta de electricidad suficiente, pues fijándose en mí, como si me quisiera atravesar de parte a parte, me espetó enojada esta inolvidable filípica: “Novicias tontas!...Para despertar por la noche hay que fijarse antes en el tablero; y no ir no más a las celdas como sonámbulas”!

Me quedé perpleja. Yo había consultado con el tablero, aunque bastante temprano, y para cerciorarme de que eran injustos tales reproches, volé más que corrí a releer los nombres, pues todavía no habían sido cambiados. Con sorpresa inaudita ví que en lugar de Mutter Cháritas estaba la Novicia Magna, quien se hallaba incómoda porque no la habían despertado para su Hora. Amargada por haber perturbado el sueño de nuestra Madre ya bastante enfermiza, aunque ella nunca se quejaba, fuí a buscarla y le pedí perdón.

La santa viejecita solamente me dijo: “Sabe?... estuve un poco mal y por eso había pedido un reemplazo para la Adoración; pero he dicho que nadie la regañe, pues vi perfectamente que usted no tenía culpa alguna.”

Pensé para mis adentros: “Ah! por eso la enfermera reprendió a todas las novicias en plural, para poderme reñir sin

desobedecer"!... Y como me quedase un comejen espantoso, fuí a averiguar con punto y coma aquello de: "estuve un poco mal".

Y resultó que desde las 9 de la noche, había estado sufriendo nuestra Madre, uno de los gravísimos cólicos hepáticos, que solían darle en los últimos años de su vida, que la ponían en agonía, y que apenas a las 11 menos 10 minutos, cuando la desperté acababa de dormitarse después de horas de mortal congoja; y se había retirado la enfermera.

Y ella que hubiera podido mandarme a mirar otra vez el tablero y buscar un reemplazo, se levantó humildemente, obedeciendo a una novicia atolondrada, y padeciendo en silencio, porque era una de esas santas ocultas, cuyos pequeños sacrificios rayan en el heroísmo.

5. La sagrada Eucaristía, fuente de energía.

"La Madre Caridad se entregaba con plenitud a lo que hacía.

Cuando Mutter Cháritas estaba en la capilla, su actitud orante demostraba que frente a su Señor se hallaba todo su ser. Hoy diríamos que, tenía la conciencia de que estaba celebrando una entrevista con Dios.

Y en contraste con esa actitud recogida, era admirable la atención que dedicaba al juego durante los recreos, a la conversación sana en los ratos de expansión; su entrega a los asuntos de su Congregación que estudiaba profundamente; la preocupación que se revelaba en sus serias amonestaciones cuando intuía que había que obrar con mano fuerte para impedir un abuso o prevenir un peligro. Igual cosa sucedía cuando entregaba su corazón al pobre, al débil, al desvalido, en forma de dádiva, de consejo, de ayuda en cualquiera forma.

Esta mujer admirable no se daba a medias, y siempre cualquiera de sus actividades terminaba a los pies del Santísimo Sacramento.

Su ejemplo en este campo de no hacer nada a medias, será siempre una exhortación constante a la responsabilidad en todas nuestras actuaciones.

Con suma frecuencia nos decía; “Lo que se hace por Dios hay que hacerlo siempre bien”; y es lo que nos recalca su lema: “Todo por amor a Dios y como El lo quiere”.

Esta entrega con plenitud a lo que hacía, se refinaba en su trato con Jesús Eucaristía, y de acuerdo estaba también la enseñanza que nos departía a este respecto.

Por su fe profunda en la real presencia de Cristo, nos exigía, sin paliativos, un comportamiento digno y reverente en la Capilla; el rezo perfecto del Oficio Divino y también de las oraciones en común, y el mayor recogimiento después de la Comunión. No pasaba por alto ningún detalle en la compostura del cuerpo, en la posición de las manos, en la igualdad de tono en la voz, la reverencia en las genuflexiones, la exactitud en las rúbricas y sobre todo en la puntualidad a todos los actos que se verificaban en la Capilla.

Pero, toda la disciplina exterior no es nada, comparada con la continua disciplina del alma. Cuando el cuerpo, los sentidos y el alma se hallan a veces fatigados hasta la muerte: cuando día tras día nos movemos y afanamos con la luz de la fe, que se torna más penumbrosa que el crepúsculo de invierno, y entonces la Franciscana encuentra difícil practicar su vocación, allí es cuando la Madre Caridad nos enseñó a buscar energía en el Santísimo Sacramento, para esforzarnos sin retroceder, sin vacilaciones pero con intrepidez, aunque no hallemos la luz de una estrella que nos guíe pero sintiendo más flamante la fe.

Sin embargo la Madre Caridad era muy humana y comprensiva, y para demostrarlo gráficamente va el siguiente apunte. (1925).

El Coro de las Hermanas en Túquerres, estaba acondicionado según usos de la vida contemplativa. Era una continuación de la capilla destinada a los fieles, y separado del cuerpo principal por el presbiterio y el altar. Nosotras asistíamos a la Santa Misa en el Coro, mirando todo a través de un vidrio que daba directamente a la mesa del sacrificio, y podíamos observar cuanto el sacerdote hacía en la celebración litúrgica, pero por lo demás, todo el reverso del altar, era como un muro que nos separaba del resto de la Capilla.

Comulgábamos detrás de una reja, que estaba en un camarín, al cual entrábamos para recibir al Santísimo, por una portezuela que se abría cada mañana cuando repicaba para la Misa. A la Hna. Marcela, apenas profesa le tocaba este oficio.

En cierta ocasión ella había tenido que trasnochar, ayudando a terminar una obra de entrega urgente, encargada a las Franciscanas, en la Escuela de Artes que fundaron en Túquerres, pues la Hermana, tenía suma habilidad para confeccionar toda clase de obras finas.

Así es que llegada la hora de la meditación, tras una noche de trabajo intenso, la naturaleza cobró sus derechos, y ella se durmió plácidamente.

Cuando tocó la campana y todas nos arrodillamos, ella se despabiló, y no sabiendo todavía en donde se hallaba, se levantó preguntando angustiada, a voz en cuello: Qué pasa, Madres?... qué es lo que sucede?..."

Alguien le explicó a duras penas, que empezaba el Santo Sacrificio, y le indicó que abriera la portezuela del comulgatorio.

Entonces toda sonrojada, cumplió su cometido; pero las risas eran incontenibles, y estallaban ya en un lugar, ya en otro, durante la ceremonia.

La Madre Caridad no dejaba pasar sin repremisión las faltas y negligencias que se cometían en la Capilla, por su respeto profundo a la Sagrada Eucaristía, pero se mostraba bondadosa y humana, cuando veía que la causa era la fragilidad y que no había en ello mala voluntad.

Así es que esta vez, no nos dirigió ningún reproche, y se contentó con mandar a la Hermana Marcela, muy temprano a la cama para que recuperara sueño.

Cuando ya estaba viejecita e iba a rezar su Hora de Adoración, siempre la adoratriz que la acompañaba tenía que darle el brazo para que se apoyara hasta llegar a su puesto porque las piernas se negaban a sostenerla.

En cierta ocasión, una religiosa joven muy galante fue a ofrecerle su ayuda, pero con tan mal éxito, que resbalando en el brillante suelo de la capilla, se estiró cuan larga era en el presbiterio ante el Santísimo, trocando los papeles, pues nuestra Madre, sin poder contener la risa que la sofocaba, tuvo que ayudarla a levantarse. La Adoración estuvo pues interrumpida con risas que se le escapaban involuntariamente, cada vez que el cuadro anterior pasaba por su mente.

Una vez fuera de la Capilla celebró con todo el chiste este incidente, que durante varios días la persiguió como una tentación de risa. Nuestra Madre reía espontánea y alegremente, y solía repetir: "La risa es sana para el alma y para el cuerpo."

6. El amor Eucarístico de la Madre Caridad fue un carisma.

La devoción eucarística de nuestra Fundadora, no consistió únicamente en una virtud, por la cual cooperando con la gracia, dirigió habitualmente los impulsos de su espíritu hacia Cristo Sacramentado, sino que fue un verdadero carisma.

El Padre Galot, Jesuita, dice: “El carisma designa específicamente un don concedido por el Espíritu Santo a un cristiano con el fin de enriquecer a la Iglesia”... Y que la devoción eucarística de la Madre Caridad cumple con estas condiciones nos lo está diciendo a gritos el lema que escogió: Reparación — Amor — Confianza para su Instituto y para el mundo entero.

Fue una gracia especialísima del Espíritu Santo, continuamente activa y disponible, dotada de una orientación constante hasta enriquecer a la Iglesia con un centro de Adoración Perpetua, el único en América, que lleva 54 años sin interrupción, pese a todas las adversidades que le han salido al paso; y la contra que le ha hecho el infierno, empezando por la gran epidemia de tifo que sufrió esta Casa, apenas inaugurada la Adoración Perpetua Pública.

San Pablo en su carta a los Corintios dice: “La eficacia es proporcional al poder divino del Espíritu que es quien da el carisma y quien lo obra”... Por eso la Madre Caridad al sentirse impelida por el soplo divino a extender el reinado de Jesús Eucaristía, descansaba humilde y plenamente en el Señor, y de su poder lo esperaba todo.

Por eso, nunca jamás perdió la esperanza segura y firme de conseguir la Adoración Perpetua Pública en beneficio del pueblo de Dios.

Esperanza que mantuvo la Madre Caridad viva y fulgurante

como un aliento de vida inmortal, desde la fundación de su Instituto, cuando nuestra naciente Congregación se componía de un puñado de Hermanas jóvenes, pero arriesgadas, perdidas en tierra extranjera, con un idioma ajeno, sin amistades, sin relaciones, sin casa, sin nada propio, y sin ningún apoyo humano, tal como una semilla que el huracán hubiera arrancado del trigo y hubiera dejado caer en la lejanía, para que germinara protegido solamente por la mano de Dios.

En 1910, cuando ninguna garantía le sonreía, trajo de Cartago con infinitas precauciones y extraordinario trabajo, la primera colmena, y estableció luego aquí en el sur, la apicultura con el objeto de proporcionar cera pura y preparar los cirios para el alumbrado del Santísimo Sacramento, y realmente cuando en 1928, le fue concedido el privilegio de la Adoración Perpetua Pública, el altar estaba adornado con 19 cirios, fabricados con esa cera cultivada en Samaniego y Túquerres, y cada cirio llevaba el nombre de una casa, de las fundadas hasta entonces.

Las palabras de Cristo: “Este es mi Cuerpo; ésta es mi Sangre”... permanecen exactas ni letra más, ni letra menos, después de veinte siglos y son operantes como en la última Cena, por eso las hostias vivas continúan bajando de los copones en pródiga abundancia, para nuestro alimento y vida nueva.

Es constante y firme la doctrina católica sobre la Presencia Real de Jesucristo de modo substancial en la Eucaristía aún cuando las apariencias de pan y vino permanecen idénticas en sí mismas después de la Consagración. Esta presencia real se extiende más allá de la celebración de la Santa Misa, mientras los accidentes de pan y vino permanecen físicamente incorruptos.

En la verdad absoluta de esta Presencia, en la realidad de este Misterio, se basa el culto que rendimos al Santísimo Sacramento después de la Santa Misa, en cualquiera hostia consagrada.

da, y por lo mismo también es la razón de ser de la Adoración Perpetua.

La Madre Caridad palpó sin duda alguna, los frutos de santificación que produjo la Adoración Perpetua en Altstättten, durante los cinco años que le tocó disfrutarla. Esa idea la acompañó en su vida misionera de América; en sus largos y azarosos viajes de vuelta a su patria en busca de vocaciones; en su desolación cuando se vió en Túquerres desprendida de su Congregación, y en su tremenda responsabilidad cuando conoció que por Voluntad de Dios estaba destinada a ser Fundadora de una nueva Congregación en el seno de la Santa Iglesia, por el Amor del Espíritu Santo.

En la dura y oscura ruta que le tocó transitar, siempre hubo un Sol que es luz indeficiente, vida fecunda, camino seguro y verdad eterna: La Eucaristía.

7. Veneración por los Sacerdotes.

La veneración que la Madre Caridad profesaba a los sacerdotes, sin acepción de personas, era una irradiación de este carisma de su amor eucarístico; que acrecentaba en ella, la conciencia del privilegio que tienen de consagrarse el Cuerpo sacramentísimo y la Sangre preciosa de Cristo, junto con la certeza de que son los instrumentos de la gracia.

Su fe le descubría a través de las apariencias la presencia del Señor y por eso su respeto era sobrenatural. Disimulaba sus faltas y las cubría con el manto de su caridad. Su presencia bastaba para reprimir toda crítica.

Remediaba sus necesidades en cuanto le era posible y sostenía en silencio vocaciones pobres.

Oraba sin cesar y hacía orar a sus hijas por la santificación de los sacerdotes, y para que esta costumbre fuera estable, la inscribió como uno de los fines de la Adoración Perpetua.

Se dolía profundamente cuando conocía alguna infidelidad y ponía de su parte todos los posibles, con suma prudencia, para remediarla y volver al camino del bien a quien se hubiera extraviado.

Por su enseñanza y su ejemplo se hizo proverbial, la hospitalidad y el trato delicado de las Franciscanas con los Sacerdotes, especialmente con los misioneros.

8. Recuerdo de despedida.

Jesús al despedirse de los suyos, a quienes había amado hasta el extremo, quiso dejarles su recuerdo perpetuo.

El recuerdo es el modo de quedarnos con la persona amada que se ausenta: es el rastro espiritual, de llanto unas veces y de sangre otras, que nuestra alma deja al separarse de los seres y las cosas; es la ausencia del espacio que se hace presencia en el tiempo. El recuerdo nos trae los ecos de la voz que huye rebotando en el aire, hasta perderse; es el CALOR con que la llama, inflamando la atmósfera se extingue; el recuerdo nos dilata el pecho con las ondas leves y nostálgicas del suspiro.

Mas, el recuerdo en la despedida de Cristo, fue mucho más que todo eso, porque consiste en su presencia real y verdadera hasta la consumación de los tiempos.

La Madre Caridad también sabía que tenía que despedirse de nosotras sus hijas, porque la muerte es inexorable; y antes de morir quiso dejarnos su recuerdo como Cristo a los suyos; y ese recuerdo superó a todas las creaciones humanas, porque es la Adoración Perpetua.

Allí está enterrada a la entrada de su Santuario Eucarístico, como el grano que muere para dar vida a las espigas.

Allí nos está señalando el recuerdo que nos dejó, para que no lo olvidemos, mientras sirve de centinela a su Amado. En el silencio nos repite que las congregaciones eucarísticas son congregaciones amuralladas contra las pestilencias del espíritu.

Ella nos enseñó prácticamente a través de toda su vida y nos lo repite desde el sepulcro, que la vida y continuidad de nuestra Congregación están en la Eucaristía, no sólo porque es nuestro pararrayos, y el único sacrificio agradable al Altísimo que prolonga la redención del mundo, y nosotras podemos ofrecer sin interrupción, sino por la acción profundamente social que ejerce este adorable misterio haciéndonos comprender la verdadera fraternidad. Su efecto sacramental específico es renovar nuestra naturaleza en Cristo, haciéndonos miembros activos de su Cuerpo Místico, y por lo mismo nos comunica a todas y cada una de las Hermanas la fuerza de cohesión que nos une para hacernos invencibles contra el mal y contra todas las fuerzas destructoras.

Cada persona es capaz de grandes cosas cuando la pasión de un ideal quema el espíritu, y el ideal eucarístico que nos dejó nuestra Fundadora, acrisola nuestra vida en su aspiración de infinito, y también de ayuda a los hermanos, porque es un programa que abraza al mundo entero:

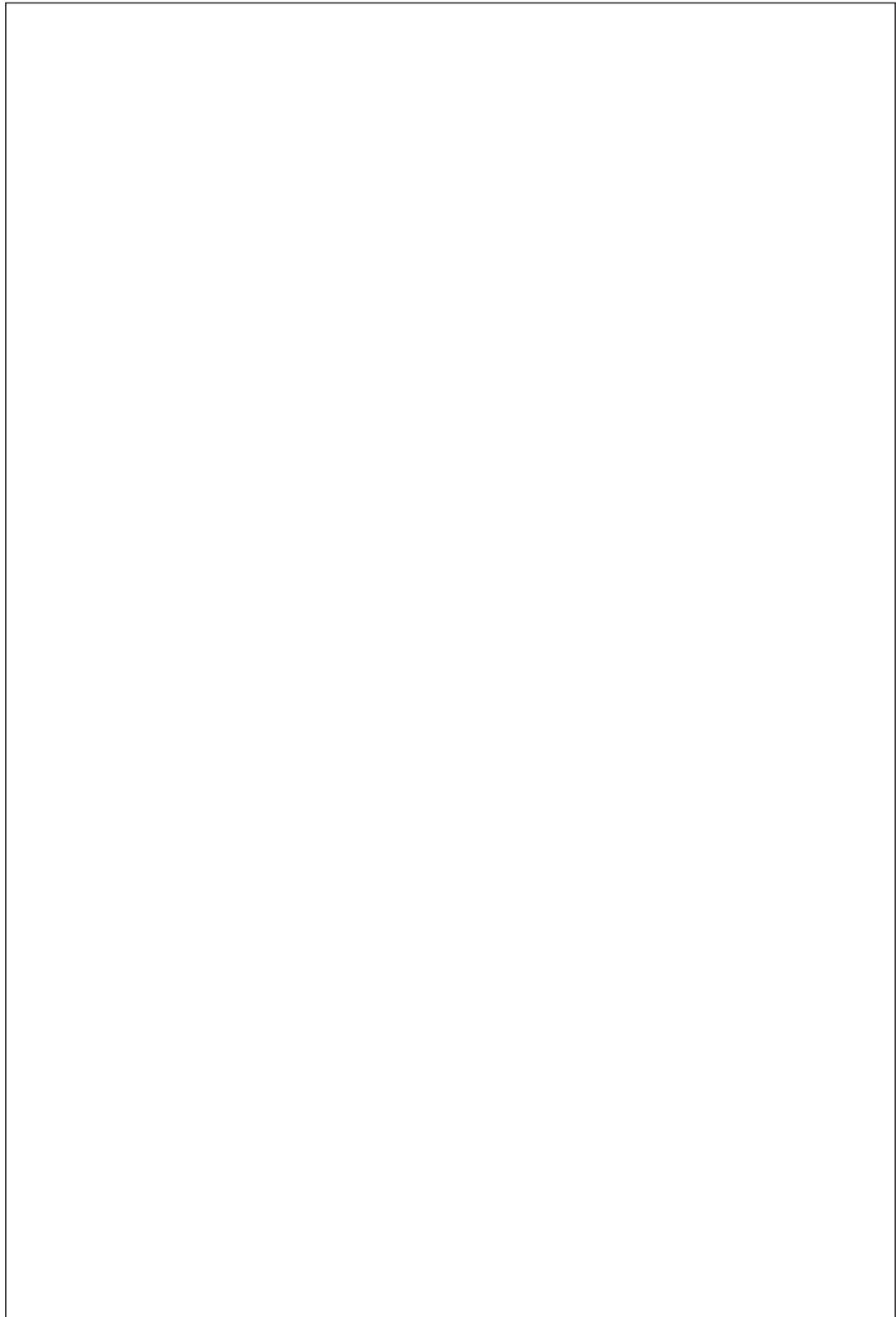
Reparación — Amor — Confianza!

Sr. M. Celina de la Dolorosa Brera, fm

Pasto, junio de 1982



*NUESTRA MADRE
FUNDADORA*



“NUESTRA MADRE” FUNDADORA

Felizmente se conserva este precioso documento titulado: “Nuestra Madre”, que tiene un gran valor histórico por dos razones:

1. Escrito por una de las seis hermanas sobrevivientes de las diez que en 1894 viajaron de Suiza a Túquerres a saber:

Hermanas: Rufina Frei	Agustina Hiebeler
Celestina Auer	Jacinta Spetter
Ma. Teresa Zanolari	Herminia Nothaft

2. Por haber sido redactado en vida de la Madre Caridad, y por la forma como la autora atestigua la veracidad de cuanto en él se dice.

La lectura y reflexión del mismo, sin duda alguna enriquecerá el conocimiento de la espiritualidad de la Madre Fundadora, y animará a sus hijas a imitar sus virtudes.

Desde 1894 tengo la dicha de considerar y amar a la Madre Caridad como a mi segunda Madre. Quisiera dar una descripción exacta de su labor, de su carácter, de su vida como religiosa y como superiora; tarea difícil, porque abunda el material y me falta la capacidad de decir mucho en pocas palabras. Conste, que lo que digo es porque así lo siento, conforme a la pura verdad, sin lisonjas ni adulación, porque la Madre no sabrá lo que escribo.

De su labor y de sus méritos en la viña del Señor nada diré. Allí están las 23 casas, sus 319 hijas y más de 4.000 alumnas en nuestras escuelas y colegios. Ellas hablan por sí solas.

Del carácter moral de Nuestra Madre resalta en primer lugar, LA CARIDAD. Caridad a toda prueba, haciendo justicia al hermoso nombre que lleva.

Desde el principio de la fundación acudieron centenares de pobres a la portería del convento y, aún, cuando reinaba gran escasez en la misma casa, y cuando la bolsa estaba completamente vacía, ella recogía personalmente papas o llenaba las tajegas de cebada para repartir a los necesitados. “No despachen a ningún mendigo sin socorro” era su orden terminante. Si la portera no llenaba suficientemente los platos de comida, decía frecuentemente: “Póngale más, pobrecito, no sea tacaña”. En las visitas en las casas filiales averigua primero si se da limosna “porque un convento de Franciscanas, a donde no acuden los pobres, no tiene la bendición de Dios” así solía y suele decir.

¡Cuántos pobres vergonzantes podrían contarnos de su generosidad! Cuántas veces ví que, con especial bondad, favorecía, con actos heróicos a personas contrarias a la comunidad o adversarios personales. A cuántas niñas rebajó o regaló la pensión del internado, cuántas prendas de vestir, mantas, etc... iban a manos de necesitados. A cuántas Iglesias pobres obsequió especialmente ropa blanca para el altar; a cuántos parientes de las religiosas favorecía en sus necesidades. Nuestra Madre siempre tenía, en medio de la mayor pobreza, algo que dar. Centenares de veces la oí decir y lo ví personalmente: “Ahora no tenemos un centavo en casa, rueguen a San Francisco, que nos mande algún socorro”, así decía con una dulce sonrisa, ahogando un suspiro de preocupación.

En cuanto a la caridad en casa, me faltan palabras para ponderarla. Si se pide un velo, se despoja del suyo, si zapatos u otra prenda de vestir, ella entrega lo suyo.

Si estábamos en un trabajo pesado, durante los primeros 20 años, de pronto asomaba nuestra buena Madre con algún comestible (pan, queso o panela), “pobrecitas, tienen hambre”, y en sus ojos brillaban lágrimas de tierna compasión. Si enfermas, ella nos cuidaba, y nos parecía la cosa más natural del mundo, que nuestra buena Superiora nos administrara los remedios, que se levantara de noche, que velara al lado de las gravemente enfermas.

Así nos tenía acostumbradas. Nos ayudaba como hermana en los trabajos y faenas de casa hasta que las ocupaciones del escritorio le impidieron tomar parte.

En sentido moral, su caridad no conoce límites. Es severa sí, con las culpables, pero la bondad misma con las dóciles y arrepentidas. Es severísima si faltamos a la caridad; si somos soberbias o altaneras, corrige sin piedad, pero siempre es madre que sabe perdonar y olvidar, distinguiéndose además por su imparcialidad.

En segundo lugar sobresale su HUMILDAD, basada en el amor a la santa pobreza y sencillez franciscana.

Al llegar a Colombia con mis 10 compañeras de noviciado, en el 94, encontramos a la pequeña comunidad en una indecible pobreza en todo sentido: habitación, muebles, utensilios, ropa, comida (suficiente, pero pobrísima). Cuánto habrá gozado nuestro padre San Francisco. Así lo manifestó el Ilustrísimo. Sr. Moreno, en su visita canónica, todavía cuatro años más tarde.

A la cabeza iba Nuestra Madre. No tenía nada mejor ni más abundante que las demás, y sus primeras hijas de las que viven todavía tres, seguían en todo sus huellas, verdaderas hijas del serafín de Asís y de nuestra buena Madre. Formaron con ella un solo corazón y una sola alma.

iCómo no sentirse feliz en medio de aquel ambiente de paz, en donde a veces faltaba todo y sobraba todo! En la Madre teníamos el ejemplo vivo: su sencillez encantadora, su trato llano y franco, la sinceridad de su cariño y el sol de la más pura alegría que se desprendía de su corazón, endulzaba los más arduos trabajos en la enseñanza, en las labores de mano, etc.; en todo tomaba parte. Ella era el todo para todas y para cada una.

Nuestra ropa deteriorada iba a manos de la Madre y ella la componía; si faltaba una religiosa en el trabajo, la Madre la

reemplazaba, si faltaba la hermana cocinera, Nuestra Madre manejava las ollas con destreza. ¡Cómo gozaba cuando podía prepararnos un buen plato!

En tercer lugar pongo su HEROICIDAD EN EL SUFRIR.

Nuestra Madre, tan jovial, tan contenta y risueña sufría muchísimo. Se veía sola, rodeada de jóvenes (ninguna tenía más de 25 años) dotadas sí, de la mejor voluntad y de espíritu de sacrificio, pero jóvenes sin experiencia, que ella debía formar primeramente para la vida religiosa. Se levantaron dificultades interiores y exteriores, pruebas que permite la Divina Providencia, para cimentar sobre el sufrimiento toda obra de mérito, contrariedades, obstáculos, oposición sin cuento, y Nuestra Madre estaba sola para cargar todo el peso, y lo cargaba sonriendo. Las religiosas mayores podrían tal vez sufrir con ella, pero en la mayoría de los casos, la Madre estaba sola con su cruz para no afligir a las demás.

¿Dónde hallaba energías y fuerzas para cargar su cruz? Allí, donde podía encontrar consuelo seguro. Cuántas veces sentí que, en altas horas de la noche, abría silenciosamente la puerta de su celda, la sentía pasearse en el corredor y luego iba a los pies de Jesús Sacramentado. Ella oraba, no sé cuantas horas, porque nosotras, las jóvenes, dormíamos el sueño profundo de la juventud.

Y Jesús no la desamparaba, la comunidad tiene hoy el “Decretum Laudis” ¡Qué mayor recompensa! y goza del beneplácito y de la satisfacción de los Señores Obispos de las varias Diócesis en donde tenemos las casas filiales. Así paga Dios la generosidad de un alma grande, así premia la oración confiada.

Con esto llego a la última señal característica de Nuestra Madre, que debía haber señalado de primero:

SU ESPIRITU DE ORACION. Desde que tengo la dicha de conocerla, es extraordinario. Fuera del recreo, rara vez se la ve sin rezar, siempre se desliza el rosario por sus dedos, y si tiene un trabajo manual, hace continuamente jaculatorias. Su fervor en todos los actos religiosos y en el oficio divino, y su exactitud, son constantes y verdaderamente admirables, mucho más ahora que gozamos de la dicha de la Adoración Perpetua. Hace cerca de cuarenta años manifestó varias veces el deseo de obtener esta gracia, lo que se consideraba entonces como una ilusión irrealizable. ¿Dónde sacar personal y recursos...?

Hoy se ve cumplido su anhelo, gracias a la ayuda decisiva del Ilmo. Sr. Pueyo (q.d.D.g.) y de los esfuerzos generosos y desinteresados del Rvdo. Padre Capellán, Sr. Hugo Ranzer, que preparó esta sencilla pero digna Capilla para el Divino Huésped, siendo a la vez arquitecto y obrero, y edificando además la Casa Madre, amplia y cómoda, sin olvidar el espíritu de pobreza franciscana.

Todo ésto es, indudablemente, el mayor consuelo de nuestra anciana Madre, y cuando llegue su última hora, lo que esperamos de la Providencia retarde aún por muchos años, puede mirar sobre su comunidad, con mirada tranquila, dejándola bien cimentada, con Casa Madre propia, según el deseo de la santa madre Iglesia, y con el don o privilegio sin par de la “Adoración Perpetua”.

Jesús Sacramentado era siempre el centro de su vida, y además, la devoción a la pasión de Nuestro Señor y el Vía Crucis. Nos enseña con su palabra y su ejemplo. Hoy cuando la oigo hablar en las conferencias diarias, lo hace tal vez con más unción y ternura, pero con la misma convicción y el mismo fervor, como lo hizo hace 38 años. Su alma grande se aquilata bajo el amor Divino, y se nota que ella misma practica lo que nos enseña y ruega se practique en la vida religiosa. Su ideal es formar almas interiores, almas de oración, de abnegación, víctimas del

Sagrado Corazón de Jesús.

Que Dios nos ayude a imitar el ejemplo vivo que nos ha puesto ante los ojos, nuestra buena Madre. Hasta hoy, ella es la primera y la última en el coro, y sólo a ruegos de parte de las madres consejeras, o cuando sus achaques en realidad ya no se lo permiten, toma algún descanso.

Hasta 1915, rezábamos el breviario romano, por el que Nuestra Madre tiene especial predilección, los primeros 10 años, maitines, laudes y letanías de todos los santos a media noche, a la débil luz de 3 ó 4 mecheros de cebo. Nuestra Madre amaba mucho esta santa costumbre, y la velación ante Jesús Sacramentado. Solo por indicación de los Señores Obispos diocesanos, cambió el breviario romano por el oficio mariano.

Para terminar diré que la Madre fue Superiora durante 26 años, luego Vicaria general durante 9 años, y el 20 de agosto de 1928, fue elegida unánimemente Superiora General coincidiendo su elección con la instalación de la Adoración Perpetua, día 22 de agosto, en que había hecho su profesión religiosa.

En todas las pruebas que Dios envió, con paternal bondad, sobre la comunidad, en las difíciles, sufrimientos y enfermedades, ya personales, ya de las demás religiosas, ella se mantenía siempre firme y resignada. Su confianza ilimitada en Dios aumentaba a medida que arreciaban las aflicciones.

Esto es a grandes rasgos el retrato moral de Nuestra Madre.

Una Religiosa

Maridíaz, agosto de 1932

Publicaciones
CASA GENERAL “ASÍS”
FRANCISCANAS DE MARÍA INMACULADA
Segunda Edición - Septiembre de 2013
Impresos Diseñarte - Tel.: 630 6314